

recordando la casa de su padre,
recitó mentalmente
cierta oración que le enseñó su madre;
y como al cielo su dolor eleva,
oír el cielo esta vez sus agonías...
aunque hay días de prueba
y está muy lejos Dios en esos días.

X

Sin fuerza y desangrado el pobre mozo,
fijando en el albéitar la mirada,
más blanco ya que el lienzo de la almohada,
cada aliento que exhala es un sollozo;
y en postración sombría
cuando Juan respiraba todavía,
como todos los tristes miró al cielo,
y exclamó:—¡Adiós, María!—
en tanto que lucía
muy cerca de su herida un escalpelo.
Y ya el dolor de su alma, confundido
con el temor de una incisión sangrienta,
unió á la fiebre del amor vendido
la fiebre de una muerte violenta;
por lo cual, Juan rendido
cayó, en su puro amor desvanecido,
de la vida en el último desmayo...
¡En negar el olvido
Dios es más duro que en forjar el rayo!

XI

¡Así perdiendo á su adorado dueño,
Juan, al volver triunfante de la guerra,
cayendo de la cúspide de un sueño,
dió con el cuerpo y con el alma en tierra!

CANTO TERCERO

JUAN DE LAS VIÑAS

I

¡Qué estrella tan fatal! Sin duda alguna
hubiese sido humano
que al tiempo de nacer, cualquiera mano
volcase sobre Juan su propia cuna,

aunque hoy por su fortuna,
el viejo cirujano,
que es también el albéitar de la aldea,
á Juan curó de modo
que puso en un gran crédito la idea
de que vino y jamón lo curan todo.
Y entrando ya en la vida cotidiana,
aparte del hechizo
que le causó la voz de la campana
que tocó en su bautizo
y que en su entierro tocará mañana,
supo Juan, al volver de su desmayo,
la muerte de su madre, y que vivía
su padre, haciendo casi de lacayo,
en Madrid con su hermano y con María;
porque siempre, mecidas al arrullo
de ideas ambiciosas,
se agrupan las familias por orgullo,
y las dispersa Dios por orgullosas.

II

Y como Juan cuando se fué á la guerra
más bien que la esperanza de la gloria
por todos los espacios de la tierra
llevaba á su lugar en la memoria,
fué á ver con diligencia
los sitios de sus penas y placeres;
pero, después de su gloriosa ausencia,
aunque en forma variada, halló en la esencia
los mismos hechos y los mismos seres;
pues siempre, como ley de la existencia,
las cosas sucediéndose á las cosas,
las flores crían granos,
los granos van á rosas,
las larvas se convierten en gusanos,
los gusanos se vuelven mariposas;
y cambiándose en odios los amores,
formando vidas nuevas de las viejas,
las abejas se comen á las flores,
los pájaros después á las abejas;
y así implacablemente
en incesante rueda
va siendo todo igual, y es diferente,
y todo va pasando y todo queda.

III

Fijo Juan en la idea
de honrar siempre á una imagen adorada,
va á ver al cementerio de la aldea
la tumba en que su madre está enterrada.
Pero ¡oh rigor del hado!
el mismo enterrador que la ha inhumado
no recuerda siquiera
dónde, de prisa y de cualquier manera,
enterró aquella madre tan querida;
y á Juan, al ver perdida
la imagen, más que todas, hechicera,
le da el frío moral una ronquera
que después le duró toda su vida;
y entre lágrimas, ora
por la madre que adora,
teniendo sólo al cielo por testigo,
secándose las lágrimas que llora
con un jirón de una bandera mora
conquistada por él al enemigo.
Y después, resignado,
sobre un resto de lápida sentado,
ambos codos clavando en las rodillas,
sostiene con las manos las mejillas,
y volviendo la vista á lo pasado,
de las memorias de su infancia lleno,
recuerda con más pena que alegría
las veces que su madre le decía
como si fuese un monstruo:—Juan, sé bueno;—
y, cual si aun fuera su bondad escasa,
promete ser más bueno todavía
por la memoria del postrero día
en que su madre le esperaba en casa.
Y viendo que buscaba inútilmente
el sitio en que su madre fué enterrada,
cuando ya lentamente
sumergía las cosas en la nada
la sombra, inmensamente prolongada,
por un sol que se hundía en Occidente,
al volver al lugar, meditabundo,
de confusiones lleno,
con la mayor ingenuidad del mundo
se decía á sí mismo:—¿Y qué es ser bueno?—

IV

Unos días después de su llegada,
con menos pena que ira,

al pasar por la casa de su amada
no la quiere mirar, pero la mira;
y hasta adulando á su esperanza vana
á sí mismo se enseña
una puerta pequeña,
que hace á un tiempo de puerta y de ventana,
recordando dichoso la mañana
en que, turbado, requebró á María,
mientras ella comía,
oyendo hablar de amor, una manzana.
Y siempre de la dueña enamorado,
unos días de frente, otros de lado,
cuidadoso investiga
piedra por piedra ese rincón amado...
no está más preso un pájaro en la liga
que el pobre Juan á su cariño atado.
Y el día en que consigue
pasar ante la casa sin ser visto,
como si hubiese en lo interior un Cristo,
hace un saludo á la ventana, y sigue;
mas sigue convencido
de que, leal, nunca echará en olvido
á su ingrata María,
porque en cuanto á querer y á ser querido
por el alma de Juan no pasa un día.

V

Y como es, para el bueno verdadero,
el sitio en que se nace, el mundo entero,
á la choza, vendida, en que ha nacido,
tan alegre y caliente como un nido,
dando vueltas en círculo incesante
aspira con placer, siempre que pasa,
la esencia, más que todas penetrante,
de las flores del huerto de su casa.
¡Cuánto el dolor su corazón taladra
al recordar su loca fantasía
aquel tiempo feliz en que dormía
sobre un lecho de ramas en la cuadra!
Y siempre que pasando iba y venía,
¡con qué gozo tan puro
columpiaba el cordel que se extendía
desde el sauce llorón á un viejo muro,
soñando ver en él que, al sol colgada,
de un lado al otro columpiada vuela
la ropa de blancura inmaculada
que tomaba, con salvia perfumada,
el olor de los tiempos de su abuela!

En esa cuerda de feliz agüero
 veían con placer las campesinas
 que, al dar su adiós al nido del alero,
 descansaban sobre ella un día entero
 antes de ir hacia el Sur las golondrinas.
 Y un día en que embriagaban sus sentidos
 oleadas de perfumes y de ruidos,
 al mirar con encanto verdadero
 que entonces festoneaban ese alero
 entre nuevos y viejos ocho nidos,
 perdió sus ilusiones,
 porque de él, ya olvidados,
 no bajaron del techo descuidados
 á comer en su mano los gorriones.
 Y transido de pena
 por estas y otras cosas que imagina
 Juan, con su cara de paciencia llena,
 bendiciendo su casa, que era ajena,
 por no echarse á llorar, vuelve la esquina.

VI

Probando de nuestro héroe la paciencia
 el destino con todos sus azares,
 quiso la Providencia
 que tuviese una herencia
 que añadió un pesar más á sus pesares.
 Si es curioso el lector, no habrá olvidado
 aquel pobre pastor ex guerrillero
 que al partir á la guerra Juan Soldado
 le regaló dinero;
 pues el mismo, de Juan, su compañero
 de glorias, de fatigas y de males,
 hizo un *Juan de las Viñas* verdadero,
 dejándole al morir, como legado,
 derecho á dos *majuelos* nominales,
 un *burro*, treinta *ovejas* y mil *reales*,
 con lo cual quedó Juan, siendo heredero,
 más rico que cien reyes orientales.

VII

Aunque él toda su vida
 aspiró al bienestar de los pequeños,
 tuvo Juan con la herencia recibida
 un enjambre de ensueños,
 pues pensó en la ventura exorbitante
 de llegar en la guerra á subteniente,

sabiendo que no hay honra semejante
 á que todo oficial tenga asistente,
 y cualquier general un ayudante;
 y en lo civil, soñó desvanecido
 en ser grande de España,
 porque, excepto en la Arcadia, siempre ha sido
 un palacio mejor que una cabaña.

VIII

Mientras fué pobre Juan, fué despreciado;
 mas se hizo rico, y desde el mismo día,
 como hombre acaudalado
 tuvo primas sin fin que no tenía;
 y viéndole nadar en la opulencia
 le declaró su amor con inocencia
 una muchacha guapa
 de un pueblo de Valencia
 cuyo nombre no he visto en ningún mapa;
 porque en la humana historia,
 sin excepción ninguna,
 si algo hace la mujer con vanagloria,
 y el hombre por la gloria,
 lo hacen todo los dos por la fortuna.
 Mas ¿qué le importa á Juan ser heredero,
 si no se pone á meditar despacio
 que no hay moral mejor que la de Horacio
 con juventud, con fuerza y con dinero?

IX

La inocencia campestre es una cosa
 que sólo por bondad la sostenía
 Virgilio el inocente, que creía
 que en el campo es la gente candorosa;
 y de acuerdo también con las ideas
 que brillan en las obras virgilianas,
 á mí me gustarían las aldeas
 si no hubiese aldeanos ni aldeanas;
 pero el buen aldeano, hasta el más bueno,
 á todo aquel que hereda
 contribuye á arruinarle, como pueda,
 con la tristeza vil del bien ajeno.
 Por eso á Juan, cierto vecino honrado,
 con la mala intención de dos beatas,
 le envenenó el ganado
 untando el desalmado
 con jugo de baladre unas patatas;

y nadie hallará extraño
que priven en el pueblo estas ideas,
pues las gentes de bien de las aldeas
sólo saben gozar cuando hacen daño.
Y el Fisco, por supuesto,
su escaso haber fué convirtiendo en humo,
imponiéndole impuesto sobre impuesto
por la herencia, la industria y el consumo,
por lo cual el riquísimo heredero
supo por experiencia
que Dios suele mandarnos con frecuencia
la desdicha hasta en forma de dinero.

X

Y el vulgo desalmado
cuando ve que no tiene Juan Soldado
ni un cuarto en el bolsillo,
no le llama *Don Juan*, ni *Juan* siquiera,
pues de cualquier manera
le llama uno *Juanete*, otro *Juanillo*;
y hasta, gracias también á la lejía,
perdió el carácter militar un día
su traje de soldado,
pues, sin saber el pobre lo que hacía,
un pantalón de grana que tenía
lo dió á colar y se quedó azulado.
Así es que, avergonzado,
huyendo de la aldea
pensó en la corte, y emprendió el camino
montado en su pollino,
como un rey fugitivo de Judea.
Y lejos ya, cuando al caer el día,
el sol, bajando al mar de una montaña,
en una confundía
las sombras del palacio y la cabaña,
viendo á la luz del astro que moría
que el perro que fué suyo le acompañaba,
Juan se apea, y espanta con empeño
á aquel único amigo que tenía,
porque fiel se volviese á la alquería
de su reciente dueño.
Pero al ver que se apea,
con más ingratitud que una persona
el asno puso en práctica una idea
muy digna de un doctor de la Sorbona;
dió á Juan un par de coces,
rebuznó, y rebuznando, llamó á voces
á toda la ralea

de sus buenos amigos,
echó á correr, y se volvió á la aldea
á vivir merodeando por los trigos.

XI

Al verse aquel ex rico, que creía
ser émulo feliz de los sultanes
y que pensaba disfrutar un día
la dicha de los ricos holgazanes,
á la vista del valle en que ha nacido,
á pie, solo y herido,
y herido por un asno tan vilmente,
sintió la humillación del desaliento,
porque acaso ignoraba el inocente
que todo hombre de bien lleva en la frente
la señal de la cox de algún jumento.
Mirando al cielo, airado,
quiso desesperado
maldecirlo en su amargo desconsuelo...
¡Calla, desventurado!
Porque caiga una teja de un tejado,
¿qué culpa tiene de eso el pobre cielo?

XII

Viendo, en fin, más allá de las montañas
la choza en que miró la luz primera
y en que su madre por la vez postrera
«el hijo le llamó de sus entrañas»,
después de un gran silencio de agonía,
perdida ya por el dolor la calma,
—¡Adiós, madre del alma!—
con voz mojada en lágrimas decía;
y de nuevo gimiendo,
mientras que da su corazón, latiendo,
más vueltas que la rueda de un molino,
la grande esclusa de su llanto rota,
perdiendo de sus ojos el camino,
fué cayendo en su pecho gota á gota.
Y como en cierto modo
son las obras de Dios hasta piadosas
con las almas honradas y amorosas,
y hay horas de dolor en que habla todo,
los seres animados y las cosas,
mientras va hacia Madrid con paso lento,
por la madre que llora en tal momento,
como ecos de la pena que sentía

oir y ver creía
temblar la tierra y suspirar el viento...
¡Yo vi también, cuando murió la mía,
á las piedras llorar de sentimiento!

CANTO CUARTO

JUAN LANAS

I

Marchaba hacia Madrid, y á Juan, rendido,
después de andar hambriento un día entero,
cuando se iba á caer desfallecido
le da un melocotón un pordiosero,
y con esto ya el hambre con sus iras
la intrepidez estomacal no abate
del que fué hasta Madrid, desde Algeciras,
con un pan, dos arenques y un tomate.
Y, después de comerse al otro día
un trozo de jamón que suelta un gato
que persigue el mastín de una alquería,
en vez de dos, muy malos que tenía,
triunfante entra en Madrid con un zapato;
y al ver una plazuela
que, siendo occidental, llaman de Oriente,
se sienta á descansar tranquilamente
sobre un banco que el moho aterciopela.
Era una noche de verano, y viendo
que la gente afanada, discurría
cual si anduviese huyendo
de la lluvia menuda que caía,
oyó hablar—«de cuartel»—«de infantería»—
«de motín»—«de sargentos»—y, temiendo
por el doctor su hermano y por María,
se fué á buscarlos de ternura lleno,
que aunque celoso, de rencor ajeno,
recordó que su madre le decía:
—Que seas bueno, Juan, que seas bueno;—
y, su estancia por Pedro autorizada,
en casa de su amada,
muy cerca de la cuadra, y junto al coche,
como en los tiempos de su edad pasada,
Juan durmió aquella noche
sobre un lecho de hierba embalsamada.

II

¿Qué pasaba en la corte? Al fin de un día
de un triste mes de junio, se sentía
una paz sepulcral que daba miedo.
Madrid aquella noche parecía
una ciudad más muerta que Toledo.
No dejó desterrada
la maldita ambición del mundo entero,
cuando el César Severo
—Yo he sido todo,—dijo,—y todo es nada,—
pues todos luchan ya por ser mejores:
los pobres por ser ricos;
los ricos por ser reyes ó señores;
por ser grandes los chicos;
los reyes por llegar á emperadores;
y por esta razón se combatía
al Duque de Tetuán que presidía
un paternal Gobierno;
y aunque nada se oía,
aquel silencio, al despuntar el día,
se convirtió en el ruido de un infierno;
pues al rumor de balas y sablazos,
de gritos de furor, de cañonazos,
se une el himno de Riego,
ese vino español alcoholizado
que embriaga y acalora como el fuego,
y que, en calles y plazas derramado,
las almas apasiona,
y hace que sea el aire electrizado
un héroe macedón cada soldado,
cada casa una puerta de Gerona.
¡Luchando aquí á traición, allí con gloria,
á degollar se lanza
más bien que el patriotismo la venganza,
pues, si es fiel mi memoria,
no igualan á aquel día de matanza
las más grandes tragedias de la historia:
y no habrá tanta sangre y tanto arrojó
en la hora en que, aleve,
alzando por señal el pendón rojo
traiga á este mundo el general despojo
la negra pascua de la hambrienta plebe!

III

¿Quién vencerá? La buena estrella. ¡Es loco
el que cree en los prodigios de la espada,